



LUIS MEY  
*Diario de  
un librero*

Página 3



DANIEL RIERA  
*Mamushkas  
del Himalaya*

Página 4

  
**télam**  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

# SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 184 | JUEVES 11 DE JUNIO DE 2015



Gottfried Benn  
**El poeta en  
la morgue**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)

Ganadora del prestigioso premio literario alemán Ingeborg Bachmann y publicada en veinte idiomas, la novela *Tal vez Esther* escrita originalmente en alemán por la ucraniana Katja Petrowskaja, es un mosaico reconstruido con recuerdos y archivos narrados en un registro entre documental y literario, que desnuda la persecución de los judíos ucranianos durante la Segunda Guerra Mundial.

Publicada por Adriana Hidalgo, esta historia es una reconstrucción que va de Kiev a Mauthausen y de Varsovia a Auschwitz en una ruta con sonido de catarsis como música de fondo en el que acompaña a la autora sus parientes vivos y muertos. Petrowskaja (Kiev, 1970) despliega un árbol genealógico de un revuelto siglo XX sirviéndose de una gran cantidad de información.



# El poeta en la morgue



GOTTFRIED BENN. EL AUTOR, QUE ESCRIBIÓ *MORGUÉ* A LOS VEINTISÉIS AÑOS, NUNCA OCULTÓ SU ENTUSIASMO Y SU APOYO INICIAL AL NAZISMO. SE INSCRIBIÓ EN EL EJÉRCITO ALEMÁN COMO MÉDICO.



GUILLERMO SACCUBAINO

Si la estética surge como un discurso del cuerpo, cabe preguntarse qué belleza reside en los cadáveres de un cervereo borracho, de una puta muerta con las piernas abiertas, en unas ratas asomando sus hocicos en el cuerpo frío de una muchacha que expiró hace poco. Esos son algunos de los temas de la primera poesía de Gottfried Benn en 1912. Su autor tiene veintiséis años y titula *Morgue* un cuadernito con unos pocos versos. Al mismo tiempo edita un ensayo: "Sobre la frecuencia de la diabetes mellitus en el ejército". Por que su autor es médico especialista en piel y divide su producción literaria entre prácticas forenses y la escritura poética. "Cuando escribí *Morgue* en denoche", registrarán sus memorias, "yo vivía en el mortuario de Berlín. El hospital me desahogaba de disección en el Hospital de Moabit. Era un ciclo de seis poemas, que emergieron todos a la misma hora, salieron impetuosamente y estaban allí, donde antes no había absolutamente nada. Cuando terminó aquel estado de

perturbación de la conciencia yo estaba vacío, hambriento, vacilante, y salí a duras penas de aquel gran colapso."

Hijo de un pastor protestante vagamente socialdemócrata, Gottfried recordaría siempre y habría de testimoniarlo en un poema que en su casa no se conocía la pintura de Gainsborough, ni la música de Chopin. El padre le impuso estudiar teología y filología, pero el hijo, después de iniciar esos estudios, los abandonó para seguir medicina. El enfrentamiento entre ambos se agravó durante la agonía de la madre: el hijo intentó suministrarle calmantes y el padre se opuso, argumentando que el dolor era un mensaje de Dios. En tanto, publicaba sus primeros textos y, alistado en el ejército del Kaiser, participaba como médico en la Primera Guerra tal como volvería a hacerlo en la Segunda.

Benn nunca ocultó su entusiasmo y apoyo inicial al nazismo. Su poesía fue prohibida y confiscada, en el rechazo a "la servidumbre de los paganos". Los nazis afirmaban: "Los auténticos so-

cialistas somos nosotros, los nacional-socialistas". Benn encontró una coartada para su actividad en este período. Si se lee con atención *Doble vida*, su autobiografía, podrá repararse que, aun cuando insiste en afirmar que no fue antisemita, su defensa de lo arío le patea en contra. Nunca pensó que el antisemitismo iba en serio, escribió. Benn fue miembro de la Academia Prusiana de Letras y mantuvo discusiones con los exiliados. Y acá no es desatinado preguntarse dónde estaba cuando la quema de libros. Lo que explica, entre otras cuestiones, por qué no son amables las menciones que hacen de él los exiliados Thomas Mann y Herman Hesse en su correspondencia. Para probar su amplitud, Benn recoge en sus memorias la polémica sobre los emigrados que mantuvo con Klaus Mann, el escritor de *Mefisto*. Tardíamente se sincera y le reconoce a Mann sus críticas, pero esta admisión, como si su nazismo hubiese sido un impulso juvenil de juventud, no alcanzó para liberarlo del peso de una vergüenza que no logró disimular por más que la decore con una retórica pretenciosa.

Según cuenta en sus memorias, engancharse otra vez como

médico en el ejército fue un escape: "Mi ingreso no fue ni militarista ni belicista sino como sanitarista, y mi actividad estuvo limitada a la profesión social". Aunque era protegido de Himmler, esta segunda militarización fue un modo de alejarse de la mirada reprobaria del nazismo, que comenzaba a juzgar "degenerado" su expresionismo.

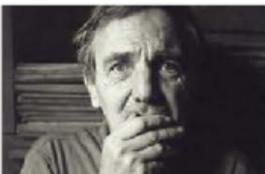
Sin quitarle el mérito poético a la serie *Morgue*, considerándola como un descenso a lo más sombrío de lo humano, sus formas más escabrosas, cabe preguntarse si en este gesto, además de piedad, no puede leerse un rechazo de la fealdad corporal que plantea, como tónica antitesis, un ideal de belleza aría. Ya finalizada la guerra, admirador confeso de Stefan George, publica *Pantaleón* y *Pantaleón*, dos colecciones cuidadosas, más metafísicas que narrativas, preocupadas por lo formal. Pero ninguna alcanza la potencia descarnada de *Morgue*, esa honestad desnuda, con plena degradación y el horror persiguiendo la piedad, una búsqueda de absoluto, si es que puede ha-

berlo en esta miseria humana. En la posguerra tardía, habilitado socialmente, Benn continuó publicando hasta recibió una pensión sin dejar de ejercer la medicina, compartiendo el piso con su tercera esposa odontóloga mientras los pacientes de ambos aguardaban en la misma sala. Algunos críticos llegaron a señalar que su influencia podía notarse en Paul Celan, pero nada más disparatado que esta asociación. Uno de sus últimos poemas, "Conclusión", termina así: "Por la noche, en los bares, donde me escondo a veces, / sin fundamento y en el destierro de la desmadez, / como en el seno materno".

Un año antes de su muerte, Benn le dedicó a un amigo su libro último, *Pantaleón*. Como dedicatoria escribió: "Salah, fin del salmo". La palabra hebrea salah, que figura al final de muchos salmos, es de origen desconocido y apenas se sabe nada sobre su significado. Es posible que, además de indicar la oración de la plegaria, sea un aviso a los fieles para que se dispongan a la siguiente parte del oficio religioso. En el lenguaje colérico alemán de hasta no hace tanto se usaba a veces en el sentido de "isto", "no se hable más". Gottfried Benn murió en 1956.

J. Rodolfo Wilcock, un outsider inclasificable de la literatura argentina, portavoz del "secreto Borges" en Italia, adonde se rehace como escritor y accede a un nicho negado de este lado del Atlántico, tutelado por escritores como Italo Calvino, retorna al circuito local con *El caos*, un libro de cuentos tan extraños y desconcertantes como su figura y su vida literaria. Un tuldido abandonado entre

canibales; cerdos transparentes que devoran amantes; enanos sin humanidad visible; un hombre que avanza por la playa como perro apaleado; latigazos en la espalda y una gruesa cadena ceñida a la cintura sostenida por otro hombre... los personajes y situaciones que plantea Wilcock y que recupera La Bestia Equilibrada son al menos inusuales, surreales.



JUEVES 11 DE JUNIO DE 2015 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



LEONARDO HUEBE

En *Diario de un librero* (Interzona Editora, 2015), Luis Mey lleva a sus lectores a recorrer de forma anécdota (a veces desopilante) los oscuros rincones del submundo de las librerías a través de las experiencias de los empleados. Haciendo recordar en su estructura a las memorias de Héctor Yáñez, Luis Mey devela en esta obra las percepciones y sinsabores del librero moderno. Así comienza:

*Un librero amigo me cuenta que no es eficaz el oficio. Amo las librerías. No entiendo por qué me dice eso. Fernando, se llama. Medíate que tengas cuidado. Y si no sin entenderlo. Parece ser gracioso hasta que no lo es, inuite. Dame un ejemplo, reclame.*

*— Ayer me pidieron Malbec, de Shakespeare.*  
*— Es cierto. Es gracioso. Pero no lo voy a reírse.*  
*— ¿Por qué no te reís?*  
*— Porque pasa todo el tiempo...*

El libro está catalogado como novela, ya que de forma paralela a las anécdotas y tribulaciones que le suceden al personaje en su horario de trabajo, el autor extiende las notas al ámbito de su vida privada. Mey dice mezclar en este diario realidad y ficción, pero quien haya vivido durante mucho tiempo en el peculiar universo de las librerías, enseña a inferir que hay más de lo primero que de lo segundo.

De manera excepcional, Luis Mey anota diálogos o intercambio de correos electrónicos con otros libreros, lo que da a entender que los sucesos descritos en el diario no son particulares, sino generales.

La ilustración de tapa de Miguel Rey hace honor al contenido de *Diario de un librero*.

Con respecto a las ciudades generalizadas, lo que el imaginario colectivo cree...

Al librero el dueño le regala los libros que le gustan.

El librero leyó cada uno de los libros que están en los anaqueles y por esa razón no miente cuando recomienda.



## Luis Mey *Diario de un librero*

El librero no transpira porque no hace trabajo físico, sólo intelectual.

Al librero le "encanta" hablar de literatura.

Al librero le "encanta" que los clientes se le acerquen y le hablen de literatura.

El librero sabe todo, por eso no es un problema darle el título o el apellido del autor del libro que se está buscando.

La triste realidad es...

Lo único que le gusta leer es su libro. Al librero le gusta leer los libros mientras busca un ejemplar escondido y, delante de los clientes, de reojo, las reseñas de las contrapistas de las obras de las que no tiene idea de que se tratan. El

buen librero debe ser talentoso para esa clase de disimulos.

El librero, con suerte, en su vida ha leído el quince por ciento de lo que hay en los anaqueles.

El trabajo de librero deja, con el tiempo, secuelas físicas incurables, sobre todo en cuello, cintura y rodillas. Aunque las psicológicas son peores.

Después del sepulturero, el desollador y el mecánico de autos, el trabajo de librero es el más sucio de la galaxia. Recordar una sección de una temática de poesía, un autor, un título, un nombre de librería o realizar una devolución para alguna editorial, conlleva recibir sobre el cuerpo entre dos y tres golpes de polvo, tierra, pelusa, telarañas y mosquitos muertos. La distribución de esa inmundicia es, generalmente, así: una parte va di-

rectamente a los ojos, lo que genera un taponamiento de la glándula lacrimal (es esta la excusa que usa frecuentemente el librero para explicar al dueño o al encargado del local por qué tiene los ojos inyectados en sangre). Otra parte va a las fosas nasales y a la boca, y por estos dos caminos directamente a la garganta y los pulmones (es hobby del librero masticar esa tierra como si fuera una bula de gipso). La pasta inorgánica que se forma debajo de las uñas de un librero es un peligro potencial para el resto de la humanidad.

Quizá, al librero novato le "encanta" hablar y escuchar sobre literatura, pero al veterano lo que le "encanta" es terminar la jornada sin que alguien confunda a Bu-

kowski con Jodorowsky o a Jodorowsky con Narosky y que los ejemplares que le piden no estén ubicados ni muy arriba ni muy abajo en la estantería.

El librero tiene una capacidad de razonamiento sobrenatural para resolver los acertijos que algunos clientes le formulan.

Luis Mey nació en Buenos Aires en 1979. Publicó con Factorium Ediciones *Las garras del niño inútil*, *En verdad quiero verte pero llevarás mucho tiempo*, y *Las abandonadas*, una trilogía lúcida sobre la vida en el conurbano. En Emeccé, en coautoría con Andrea Stefanoni, apareció *Tiene que ver con la febría*. Notapung publicó su novela de terror *Macamba*. En 2013 con la novela *La pregunta de mi madre* obtuvo el Premio Décimo Aniversario de Revista N.

Para finalizar, dos de las notas de *Diario de un librero* que resumen un poco el oficio:

### Martes

*Si querés ser librero, tené que hacer una prueba en tu casa que dura todo el día que consiste en que un familiar solidario te pregunte entre ochenta y ciento sesenta veces lo siguiente: "Joven, ¿cómo están ordenados los libros?" "Lo que está en la estantería, ¿estudo lo que tené de Florencia Bonelli?"*

*Si separás esa jornada (en tu propia casa), animado y dejó un curriculum en la librería.*

*Me cuenta Mariana Barrán, colega, que, en su librería, entre cinco y quince veces por día entra alguien y le dice: "¿ustedes si que tienen un lindo trabajo; se la deben pasar leyendo todo el día?"*

*Y agregó que, el noventa por ciento de las veces, se la dicen mientras la ven agachada ordenando libros.*

### Viernes

*A la salida, Francisco me manda un mensaje. Parece nervioso. Me dice que no me puede explicar lo que acaba de pasar. Le insistió. Me dice lo que le pidieron. Y que todo pasó en el momento de recibir el libro.*

*Primer pedido: Las nenas abscultas de América Latina.*

*Segundo: Anal Karenina.*

*Te entiendo, le digo, pero me quedó mirando las fallidas y realmente no lo entiendo, ni a él ni a los clientes.*

El escritor argentino Ricardo Piglia fue galardonado en España con el Premio Formentor de las Letras 2015 en reconocimiento al conjunto de su trabajo, que fue considerado por el jurado como "una obra narrativa que se desenvuelve armónicamente entre la originalidad y la cultura popular, y la tradición más exigente". Presidido por Basilio Baltasar, el jurado compuesto por Dario Villanueva,

director de la Real Academia Española, y los escritores Félix de Azúa, José Ángel González y Marta Sanz, sostuvo que la obra de Piglia, de 73 años, se sitúa "por encima del proceso de desliterarización que padece la novelística actual y vuelve en el pozo de un ferviente lector la mirada de un crítico literario perspicaz y el conocimiento de un teórico de la literatura".



CONTRATAPA

→ MARTÍN KASANETZ

# Mamushkas del Himalaya



DANIEL RIERA. "ME GUSTA ESCRIBIR A MEDIDA. ES UNA FORMA DE CONTENCIÓN HEREDADA DEL PERIODISMO".

En la película *Inception*, el personaje de Dom Cobb (DiCaprio), era un ladrón buscado por las autoridades que se dedicaba a robar ideas dentro de un mundo creado por los sueños. Estos sueños tienen múltiples capas en donde los personajes se iban sumergiendo. Cada una de estas capas tenía su propio tiempo y espacio geográfico. En *La menor*, (Galerna, 2015) Daniel Riera construye una historia que es también una especie de Mamushka literaria ubicando su propio tiempo y espacio.

La menor comienza con el encargo que le hace una compañía de teléfonos celulares a un escritor con necesidades económicas. La premisa es simple: debe escribir una novela para ser leída en teléfonos celulares. Capítulos cortos, mucha acción, tecnología futurista y personajes queribles. Ese es el plan. Y esa es también la historia de este escritor y sus personajes en mundos que comienzan mezclarse: Nepal, el Himalaya, la aventura y las relaciones humanas hacen de esta novela un acierto que no permite dejar la lectura por la mitad. Podemos conversar con Daniel Riera sobre su novela:

**La menor parece jugar con la idea de una *Mufeca Rusa*, mostrando la novela dentro de la novela: ¿cómo surgió esta idea?**

Lo primero que se me ocurrió fue ese encargo y esa supuesta contradicción entre los ideales estéticos y la necesidad material. A partir de ahí vino todo lo demás. Inmediatamente surgió el problema del personaje del escritor: escribir una novela que funcionara dentro de las máquinas que le habían impuesto los límites de la tecnología.

**Cada personaje de *La menor* demuestra no ser lo que parece: *Himalaya* es una beba pero no actúa como tal. La pareja que se forma, sus padres, son tres en lugar de dos, etcétera. ¿Al escribir buscas-**

**te salir de alguna manera de lo establecido?**

No busqué eso, diría que eso fue el fruto de poner la imaginación en movimiento. Cuando te pones a imaginar cosas es porque no te conforman las que ya existen, necesitas nuevas. No obstante, después fatalmente descubrirás que no son tan nuevas, porque no se puede escribir como si hubieras salido de un repollo. Creo que se nota bastante la influencia de Oesterheld: por la sucesión de peripecias que le teme a la pequeña comunidad que lo rodea y por la pequeña comunidad que lo teme a un entorno hostil, a lo desconocido que espera ahí afuera. Y a esto sumale preguntas sobre tu propio vacío, tus deseos y tus miedos.

**¿Cómo te llevas con la tecnología?**

Más o menos. La puedo grabar fácil y fácil. Cuando pienso en lo que me fascina me del último día con clave nueva. De hecho, todavía no sé para qué sirve una tablet. Aho-

ra que a algún genio se le ocurrió incorporar un teclado externo, lo entiendo menos: es formidable, porque juntás la tablet y el teclado externo y habrás reinventado la netbook. La parábola que describe algunas innovaciones (ahora volvemos a escuchar discos de vinilo, por ejemplo) alimenta mi desconfianza respecto de cuánto nos simplifica y cuánto nos complica la vida la tecnología. Una vez me llegaron, a la vez, un mensaje de texto, una serie de whatsapp y una serie de mensajes por el Messenger de Facebook. El celular ardió y la cabeza me explotaba. Desinstalé el Messenger: fue una manera de marcarle la cancha a la tecnología, porque tanta hiperconexión me estaba jodiendo.

**¿Existen las novelas para teléfonos celulares?**

No llegué a leer ninguna, de modo que no lo sé ni lo quisé saber a ciencia cierta. Una vez sí, leí una entrevista a una escritora argentina que contaba que le habían encargado una y que le parecía un hermoso desafío y etcétera. Igno-

ro si llegó a concretarla. Me pareció que no había falta semejante: chamuyo: necesitás la gaita, ok, hazlo, pero no me vendas mentir, no lo quieras dar un aura "artístico" que no tiene al asunto. Sobre esa rebelión surgió la idea de *La menor*, que en el fondo también juega con la idea de sacarle el aura a la literatura. Escribir es un oficio, y en todo caso un escritor es un tipo que ejerce ese oficio. No es un asunto tan grave y tan serio como algunos creen.

**El personaje principal, el escritor de la novela, parece motivado por la necesidad de conseguir dinero pero luego esa necesidad va cambiando y sumando otras como el amor. ¿Te pasó empezar a escribir de una forma y luego terminar transformando ese impulso inicial en otros cosas?**

Siempre la necesidad "va cambiando" y los impulsos iniciales mutan en "otra cosa", como dice

tu pregunta. Fíate lo que ocurre con los pacientes de un psicoanalista, por ejemplo: quieren elaborar o superar un problema, una situación que los perturba o atormenta. Una vez que la elaboraron o superaron, no es que se dan el alta: pasan a la siguiente. Bastante después de haber escrito *La menor* vi la serie *Californication*: la mayor parte de las temporadas, sino todas, arrancan con el problema de que el escritor Hank Moody necesita plata y entonces le pide a su representante Charlie Runkle que se ocupe de conseguir un trabajo. Una vez que ese problema se resuelve, naturalmente surgen otros, que a menudo ponen en riesgo ese mismo trabajo. Cuando empecé a escribir no sabía cómo terminaba la historia. Lo único que sabía era que la novela tenía que estar escrita de acuerdo con la premisa "celular". Me gusta escribir a medida: supongo que es una forma de contención heredada del periodismo. Mi novela anterior, *Evangelino y apócrifo*, también tiene 60 capítulos, en su caso de 60 líneas (3.600 caracteres).

Daniel Riera nació en Buenos Aires en marzo de 1970. Es autor de los libros *Vás a extrañarlos, porque es justo*, 2002 (reeditado en 2011); *Seo telefónico*, 2005; *El carácter Sea Monkey*, 2007; *Buenos Aires Bizarrero*, 2008; *Familia y propiedad* (la tercera novela nacional, 2009); *Evangelino y apócrifo*; *Nuestro Vietnam y otras crónicas*, 2010; *Ventrilocuos. Gente grande que juega con su sueño*, 2012; *De Argentina a México en bus y otros crónicas* (Costa Rica, Colombia) 2014 y *Buenos Aires: Tijuana. Un viaje*, 2014. Es coautor de *Queremos tanto a Obispo* (1991), *El año del gallo* (edición, 1994; *Pato el que lee. Diccionario Argentino de insultos, injurias e improperios*, 2006 y *Barcelona 200 años. El libro negro del Bicentenario*, 2009. Codirigió el documental *Un paisaje de espanto* (2015). Es ventrílocuo.